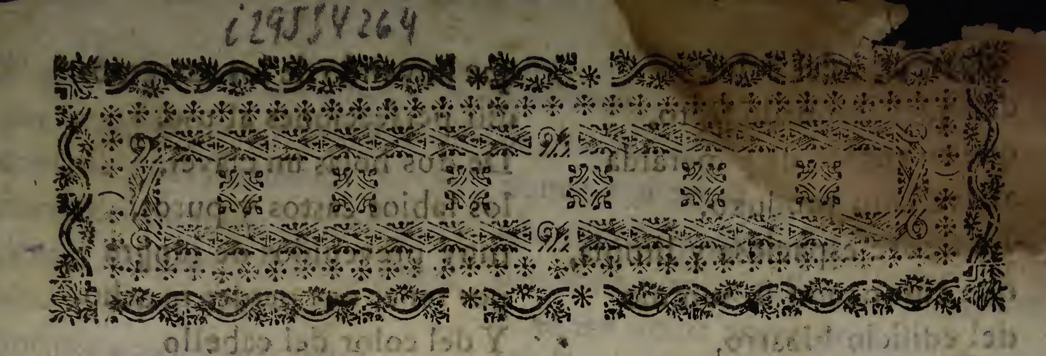


RELACION

LOS DESAGRAVIOS

DE CHRISTO,

Y VENGANZAS

DEL IMPERIO.

Teniẽdo el Romano Imperio
Tiberio, Cesar Augusto,
á los catorce años de èl,
reducidos en tres lustros,
se apareciò en Galilèa,
para admiracion del mundo,
este Profeta Sagrado,
asi llamado de muchos
Christo JESUS de la Plebe,
è hijo de Dios, de algunos.

La proporcion de su cuerpo
tan igualmente dispuso
la Divina Arquitectura,
con soberano dibujo,
que á nuestro corto entender,
á nuestro humano discurso
parece que le costò
nuevo trabajo y estudio.
Largo el cabello y tendido
sobre los hombros, al uso

Na-

Nazareno, del color
de aquel sazonado fruto,
que en tunica de esmeralda
al avellano produxo.
La frente espaciosa y limpia,
que coronando lo summo
del edificio bizarro,
con elegancia la puso
el Cielo sobre dos arcos,
division de dos carbunclos,
doseles de dos deidades,
y de una Magestad triunfo.
Tales, señor, tales eran
los ojos, que si allà cupo
embidia, embidioso el Cielo
en luceros los traduxo.
En las hermosas mexillas,
lo candido y lo purpureo
apacible competencia
blasonaban siempre juntos,
porque en deshojadas rosas,
ò en copos de nieve, puso
encontrada paz perpetua,
discorde y perpetuo yugo.
Dividia estos dos campos
la linea de los descuidos;
mas con cuidado tan grande,
ò con descuido tan culto,
que huyendo de los extremos
diò perfecciones al uso.
De dos hojas un clavèl,
los labios castos y puros,
muy prevenidos de sangre
por tener que perder mucho.
Y del color del cabello
oro fino, y no tan rubio
la hermosa barba partida,
tan liberal siempre andubo,
que aun quiso partir la barba,
por no tener nada suyo.
La tunica que traia
afirman grandes Tribunos,
que en su niñez fue labrada
por su Santa Madre al justo
con la pequeñez del cuerpo,
y como en edad robusto
crecia, iba obedeciendo
la vestidura à su vulto,
creciendo con èl: tal era
su compañia, que presumo,
que como si alma tubiera,
no quiso dexarle un punto.
Inconsutil la llamaron,
porque costura no tubo:
raro y celestial milagro
por nunca visto, y por suyo.

Tra-

Traia los pies dezcalzos,
pero tan limpios y puros,
como si pisara siempre
flores del campo ò ligustros.
A este Hombre, Profeta, ò Dios,
sino lo fue todo junto,
porque predicò verdades
á los Pontifices Sumos
de Jerusalèn, dormidos
en sacrilegos insultos,
trazaron darle la muerte,
solicitando perjuros,
que de su vida inculpable
testificasen descuidos.
Vendiòle para este intento
de los Discipulos suyos,
un Judas: què vil hazaña!
Què aleve y barbaro asunto!
Por treinta dineros solos
vendiò el precio que no cupo
en las mansiones del Cielo,
ni en las estancias del mundo.
Prendieronle, y con afrentas
(que porque de nuevo injurio
su nombre, no te las cuento,
si se reducen à numero)
á muerte fue condenado
por Pilato, Juez injusto,
Pusieron sobre sus hombros
la pesada Cruz, y el vulgo
nunca con tanta razon
alborotado y confuso;
discurria por las calles
de tanto dolor conductos.
Un Centurion con cien hõbres,
aseguraba el tumulto,
y al son de roncas trompetas
engrosaba el aire puro.
De esta manera llegaron
al suplicio, y ya desnudo,
con tres rigorosos clavos,
que à los golpes de un Verdugo
aunque remisos temieron,
obedecieronle agudos.
Fue en aquella Cruz fixado
con la corona de juncos,
que penetraban las sienes,
dignas de Laurèl Augusto.
Enarbolaron la Cruz,
y en ella pendiente estubo
cambiandole al Sol reflexos,
lo candido, y lo ceruleo,
hasta que dando una voz,
que atemorizò el concurso,
inclinando la cabeza,
el espiritu traduxo.

En-

Entonces, Señor, entonces
se cubriò el Cielo de luto,
bayetas arrastrò el Sol,
mortal te llorò y difunto,
y con misterioso eclipse,
contra el ordinario curso
de los Astros, lastimado
perdió su luz, quedò obscuro,
tanto, que dixo en Atenas
el Areopagita: Dudo
de este prodigio la causa,
ò padece el siempre oculto
Dios de la naturaleza,
ó vuelve á su caos confuso
esta maquina del Orbe
perecedero y caduco.
Las piedras unas con otras
se dieron encuentros duros,
rasgóse el velo del Templo
de lo inferior á lo sumo,
temblò la tierra, y salieron
los cuerpos de los sepulcros,
Esta es la tragica historia,
de este delirio, el absurdo
mayor que oyeron los hombres
cuya venganza procuro.
Dueños somos de la empresa,
y solemnemente juro
por los Soberanos Dioses,
à quien se debe mas culto,
que ha de ver Jerusalèn,
y los moradores suyos,
sus edificios postrados,
y arruinados sus muros,
sus calles nadando en sangre,
sus chapiteles en humo,
y al fin, su sagrado Templo
profanado y resoluto.

Con licencia: En Cordoba en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.